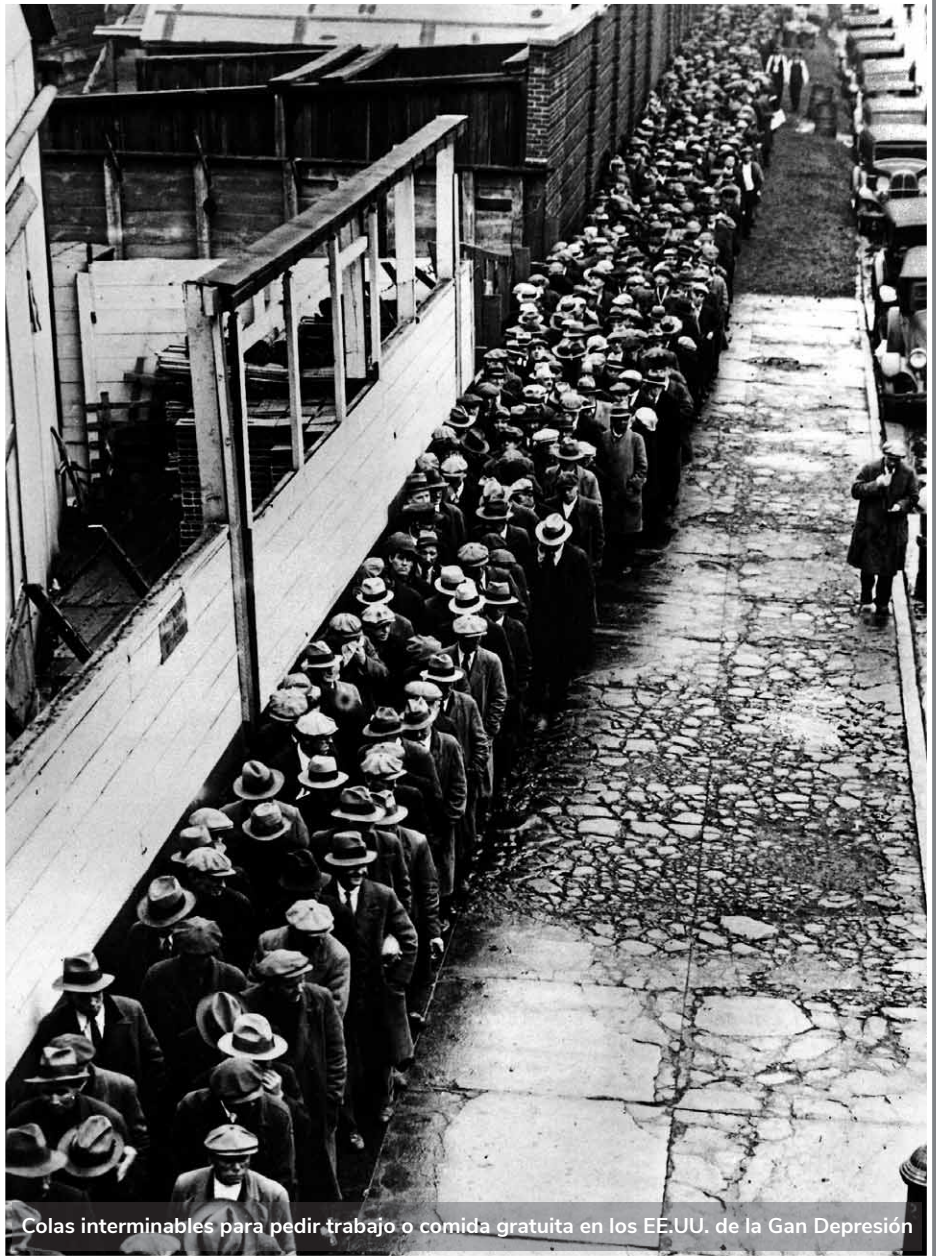


Comedor público en Berlín (1923)

El catastrófico periodo de entreguerras: crisis económica y polarización política

Luis Germán Zubero



Colas interminables para pedir trabajo o comida gratuita en los EE.UU. de la Gran Depresión

Analizaré en esta exposición el periodo que va desde el final de la I Guerra Mundial hasta el inicio de la II Guerra Mundial. La etapa más complicada que ha vivido el mundo durante el siglo XX, que, como nos recuerda el historiador británico Eric Hobsbawm en su clásica obra *The age of extremes*, ha sido un corto siglo XX que empezó con la I Guerra Mundial, transformadora de la historia del mundo. El siglo XX observó los mayores progresos de la humanidad desde el punto de vista tecnológico, pero también soportó las mayores tragedias: dos inestables décadas -del 1918 a 1939- encajadas entre dos terribles guerras mundiales, y que contó en 1929 con la más grave crisis económica internacional que ha vivido el mundo, una crisis que estuvo a punto de desmontar la economía y el sistema capitalista activo desde hace más de dos siglos. Vamos a repasar la trayectoria económica que vivió el mundo en ese catastrófico periodo de entreguerras.

Recordemos, en primer lugar, las consecuencias de la I Gran Guerra que asoló el mundo -especialmente Europa- entre 1914 y 1918; qué nuevo orden geoestratégico mundial surgió a partir de ese triunfo de los aliados y cuáles fueron los principales componentes del nuevo mapa económico que promovió el ascenso de los Estados Unidos de América como gran protagonista del mundo durante el siglo

XX, frente al anterior protagonismo europeo.

Estudiaremos, a continuación, los principales cambios económicos, los cambios desde el punto de vista de la producción e industrialización del mundo, los problemas del comercio internacional y los problemas monetarios y financieros que se plantearon en ese momento, para entender los graves desequilibrios que se produjeron en el funcionamiento del sistema económico.

Vista la estructura económica de este periodo, analizaré el acontecimiento más importante que se produjo en el corazón del sistema económico mundial, en la bolsa de Nueva York: el crack bursátil de 1929 que produjo un auténtico terremoto que estuvo a punto de dar al traste con la economía norteamericana y, a través de las fuertes dependencias de todos los países respecto a ella, con la economía capitalista mundial. La década de los años 30 fue una década depresiva, de la que no se había logrado todavía salir en vísperas de la II Guerra Mundial, conflicto que de alguna forma fue el resultado de todos esos desequilibrios que se generaron durante el periodo de entreguerras. Y veremos, finalmente, las respuestas políticas y sociales que se produjeron en esa difícil coyuntura depresiva en el mundo occidental.

LAS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DE LA I GUERRA MUNDIAL

Cambios fundamentales acontecieron después de la terrible guerra de cuatro años, iniciada en Sarajevo cuando el hijo del emperador austriaco Francisco José, el archiduque Francisco Fernando, fue asesinado por un nacionalista serbio en Sarajevo, esa ciudad que tan presente ha seguido estando en nuestras vidas a finales del siglo XX. Ese asesinato hizo que la política de alianzas de los viejos imperios europeos supusiese la potenciación de un creciente conflicto que se fue expandiendo a nivel internacional y en el ámbito europeo, llegando a ser un conflicto mundial con la entrada en la guerra de los norteamericanos.

El resultado iba a suponer grandes cambios porque, si antes de la I Guerra Mundial el control de Europa estaba protagonizado por dicho imperios, después de la guerra se desmembraron cuatro de ellos: el austrohúngaro, el alemán, el ruso y el turco. En el corazón de Europa, el Imperio austrohúngaro se desgajó en nuevos estados: Austria, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia y la ampliación de Rumanía. Alemania perdió territorio a favor de la nueva República de Polonia y Francia (zona de Alsacia y Lorena). Del Imperio turco se desgajaron definitivamente casi todas sus posesiones en Europa (se consolidaron como estados Bulgaria y Albania) y perdió el Próximo Oriente, reduciendo su territorio a la península de Anatolia. El Imperio ruso, aun estando en el bando de los aliados, de los vencedores, sufrió el cataclismo y la crisis institucional revolucionaria con la caída del régimen zarista, el posterior ascenso

al poder del partido bolchevique y el surgimiento de un nuevo sistema político y económico, la Unión Soviética. El territorio ruso se replegó hacia Moscú, hacia el este y perdió Finlandia y las nuevas repúblicas bálticas de Estonia, Lituania y Letonia, ampliándose Polonia a costa del antiguo territorio imperial ruso. Surgieron un gran número de nuevos estados -democracias parlamentarias- en Europa, en un mundo con creciente desintegración económica, fronteras e inestabilidades. Así, para el viejo Imperio austrohúngaro -que constituía una economía integrada- la destrucción y el surgimiento de estados independientes suponía la desintegración de su antiguo espacio económico y la necesidad, para los nuevos Estados, de construir -además de su administración- su propia economía nacional.

La segunda cuestión a analizar es que la I Guerra Mundial supuso pérdidas brutales de población; sin contar los muertos rusos, 12 millones de muertos, además de pérdidas debidas a la caída de la natalidad. Se estima que Europa sumó un déficit evaluado en 22-24 millones de habitantes (en 1920 la población europea era similar a la de 1914). Además, las destrucciones fueron muy importantes, asolaron Francia y Alemania; el solar europeo fue el pagano de esta guerra. Los americanos fueron los decisivos del triunfo final de los aliados y la potencia industrial de Estados Unidos hizo que el equilibrio difícil entre ambos bandos basculase finalmente en favor de los aliados europeos, ingleses y franceses.

Disminuyó el capital humano y físico de los europeos, pero el legado más terrible fue el legado financiero porque Europa se endeudó, tanto los vencedores como los vencidos, por los gastos de la

guerra y la reconstrucción. Quienes financiaron a los vencedores (franceses y británicos) fueron los norteamericanos, conformados durante la guerra como la despena de sus aliados. Después de esta los vencedores exigieron a los alemanes las reparaciones de guerra, pero los americanos exigieron a sus aliados la devolución de la totalidad de los créditos de guerra. Vencedores y vencidos europeos tenían que pagar a los norteamericanos, por lo que el desequilibrio y el endeudamiento generó una gran inestabilidad financiera.

No entendieron las consecuencias de esta espiral ni los franceses ni los americanos. Solo un estadista, el economista británico John Maynard Keynes, que participó en Versalles en los acuerdos de posguerra, advirtió sobre los peligros de inseguridad e inestabilidad que generaba dicha política. En su famoso libro (1919) *Las consecuencias económicas de la paz*, avisaba: "Si lo que nos proponemos es que, por lo menos durante una generación, Alemania no pueda adquirir siquiera una mediana prosperidad porque le obligamos a pagar constantemente en un momento en que no puede pagar absolutamente nada; si somos excesivos en las cargas que atribuimos a este país, rechazamos todos los remedios, y particularmente los que puedan ayudar a Alemania a recuperar una parte de su antigua prosperidad industrial y encontrar medios de vida para la población de sus ciudades. Si tal modo de estimar a las naciones y las relaciones de unas con otras fuera adoptado por las democracias de la Europa occidental [...]. Si nosotros aspiramos deliberadamente al empobrecimiento de la Europa central, la venganza, no dudo en predecirlo, no tardará". Veinte años antes del inicio

de la II Guerra mundial Keynes ya anunciaba que esos desequilibrios podrían generar tensiones tremendas a medio y largo plazo.

COMPONENTES DEL NUEVO MAPA ECONÓMICO MUNDIAL

Así pues, a partir de la I Guerra Mundial, se planteó un nuevo escenario vinculado al cambio del protagonismo económico internacional. En el XIX había sido Gran Bretaña, protagonista de la primera Revolución Industrial, y Europa continental, seguida de Alemania, protagonista de la segunda Revolución Industrial en las últimas décadas de dicho siglo. Europa, antes de la I Guerra Mundial era la zona más rica del mundo; su balanza corriente era positiva, con acumulación de capitales para invertir en países del exterior. La balanza comercial era negativa, compensada con su balanza de servicios positiva y con abundantes capitales para invertir en otras zonas del mundo. Tras la guerra los países industrializados europeos -salvo Alemania, que pasó a ser el principal país deudor- se encontraron con dificultades para conseguir una balanza corriente equilibrada, reduciendo drásticamente sus posibilidades de inversiones en el extranjero. Después de la I Guerra Europa en conjunto pasó de ser acreedora a deudora.

Frente a esa decadencia europea, el protagonismo se afirmó justamente en la nueva hegemonía económica de Estados Unidos, conformada a partir de la coyuntura de la guerra como principal potencia acreedora del mundo. El corazón del sistema económico capitalista, el centro financiero, que había estado localizado en

Londres y su Bolsa en el siglo XIX, a partir de la I Guerra Mundial se centró en Nueva York, confirmando a Estados Unidos como primera potencia económica del mundo, aunque no quiso ejercer políticamente el papel de potencia hegemónica.

Hay otro cambio importante, el surgimiento de un Estado, la Unión Soviética, que suponía un revulsivo para la economía mundial capitalista; un nuevo Estado -de partido único- distinto de los Estados liberales, de las democracias parlamentarias, con un sistema económico alternativo al sistema capitalista, ya que el Estado concentraba la propiedad de los bienes. Un sistema político y económico alternativo, que inicialmente jugó un pequeño papel, ya que tardó diez años en consolidarse, pero cuya economía iba a crecer con gran dinamismo a partir de la crisis de 1929 y la posterior década, a través de un acelerado proceso de industrialización basado en un nuevo modelo de planificación centralizada.

En el lejano Oriente, Japón ocupaba un papel de protagonista regional frente a la decadencia del Imperio chino, protagonizó asimismo un importante proceso de diversificación industrial en este periodo.

Y, por último, países en vías de desarrollo -de Sudamérica, Australia, Nueva Zelanda...- exportadores de productos primarios, que tendieron a ocupar un creciente papel en el comercio mundial. Así pues, hubo importantes cambios en el mapa geoestratégico económico mundial.

PRINCIPALES CAMBIOS EN LOS SECTORES PRODUCTIVOS

Una tercera cuestión fueron los cambios desde el punto de vista productivo. 1914-

1939 fue una época de estancamiento y bajón productivo. Si las estimaciones de Maddison dan una tasa de crecimiento del PIB mundial entre 1870 y 1913 del 2,1 %, desde 1913 a 1950 se redujo al 1,8 % (aún se reduciría más para 1913-1945, dada la rápida recuperación de 1945 a 1950). Este estancamiento económico estuvo vinculado a importantes cambios productivos del sector agrario e industrial.

La agricultura mundial, con la difusión de las innovaciones de la segunda Revolución Industrial -que incorporó nuevas fuentes de energía (petróleo, electricidad), abonos químicos, mecanización...- permitió un importante crecimiento productivo, superior a la demanda, lo que propició sobreproducción y una caída de precios de una parte de los alimentos (especialmente los de menor elasticidad-venta), en contraste con el crecimiento de la demanda y precios de la mayor parte de las materias primas (minerales...).

A pesar del cambio tecnológico el crecimiento de la producción industrial fue también inferior a la etapa anterior y dio lugar a cambios en la distribución mundial de las manufacturas, con el protagonismo del sector por Estados Unidos, la producción norteamericana suponía más de la tercera parte de la industria mundial frente al muy inferior peso industrial global de los países europeos, sobre todo de la Gran Bretaña, en claro proceso de reconstrucción industrial. Sus respectivas estructuras industriales eran distintas: las nuevas ramas industriales de la segunda revolución (electrodomésticos, automóviles...) estaban especialmente localizadas en Estados Unidos. El mundo europeo -salvo Alemania- estaba en decadencia industrial: Gran Bretaña, líder de la I Re-

volución Industrial estaba en proceso de reconversión del sector por obsoleta, no se adaptaba a los nuevos tiempos; Alemania –promotor europeo de la II Revolución Industrial- tenía una mejor estructura y hubiera sido –si no hubiese estallado la guerra- la protagonista industrial de Europa y del mundo. En vísperas de la Gran Guerra Rusia representaba solo algo más del 4 % de la industria mundial, pero en una década –a partir de 1928- con los planes quinquenales, pasó a suponer el 18,5 %.

CAMBIOS Y DESAJUSTES EN EL COMERCIO EXTERIOR

También hubo una caída en el comercio respecto al periodo anterior: con datos de Maddison, en 1913-50 la tasa de crecimiento anual fue del 0,9 % frente a la del 3,4 % del periodo anterior (1870-1913). En las fases expansivas, uno de los factores que

había impulsado el crecimiento de la producción del mundo había sido el comercio, porque el comercio crecía a tasas superiores a la producción mundial (la relación entre ambas es la tasa de globalización, superior a 1). Sin embargo, en esta época dicho cociente cayó por debajo de 1 (del 1,6 en 1870-1913 bajó al 0,5 en 1913-50). El comercio descendió y se generó un creciente desequilibrio comercial entre USA y Europa: entre los años previos a la I GM y los anteriores a la crisis de 1929 el déficit comercial de Europa se multiplicó por más de ocho veces y esta solo pudo compensar dicho creciente déficit mediante la llegada de crecientes inversiones norteamericanas. También la economía latinoamericana dependió cada vez más de los flujos de inversiones norteamericanas para equilibrar sus balanzas corrientes. Toda la economía del mundo tendió a depender de la economía norteamericana. Después de la crisis de 1929 también se redujo el comercio internacional (entre 1929 y 1933 se redujo a la mitad), pero los desajustes estaban ya planteados previamente.

En la distribución regional del comercio mundial, Europa suponía el 62 % y su peso se redujo al 51 % en vísperas de la II Guerra Mundial. El comercio siguió estando basado mayoritariamente en productos primarios y materias primas, con mayor presencia de los minerales frente a los alimentos; las manufacturas suponían solo algo más de la tercera parte del comercio mundial, pero

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL DE MANUFACTURAS, 1913-1938 (%)

	1913*	1926-1929	1936-38
Estados Unidos	35,8	42,2	32,2
Alemania	14,1	11,6	10,7
Reino Unido	14,1	9,4	9,2
Francia	7	6,6	4,5
Unión Soviética	4,4	4,3	18,5
Japón	1,2	2,5	3,5

* Los porcentajes de 1913 representan la distribución de acuerdo con las fronteras establecidas después de la guerra 1914-18.

Fuente: Kenwood y Loogheed (19723), a partir de datos de la Sociedad de Naciones.

con pérdida de peso de los textiles frente a los productos de ingeniería, industria de bienes de equipo.

A partir de la crisis de 1929, la reducción a la mitad del valor del comercio mundial (en 1933) fue propiciada por los Gobiernos con crecientes restricciones institucionales, mediante regulaciones de control de los movimientos de mercancías (tanto mediante aranceles proteccionistas como mediante la implantación de contingentes), así como medidas de control de pagos (mediante acuerdos de compensación, acuerdos de *clearing*...).

DESAJUSTES MONETARIOS Y FINANCIEROS

Desde el punto de vista monetario y financiero, asimismo, hubo nuevos desequilibrios que se sumaron a los productivos y comerciales: el sistema monetario mundial que se había basado hasta la Gran Guerra en la existencia del patrón oro, vinculando las diversas monedas nacionales con el oro, lo que había facilitado los pagos internacionales, con la I Guerra Mundial se vino abajo y la Alemania de posguerra vivió entre 1921 y 1939 unos años de pavorosa hiperinflación. Los americanos lograron reimplantar el patrón oro en 1924-25, pero duró muy poco, por la crisis de 1929, que supuso de nuevo, al poco tiempo, la desaparición total en 1933 del patrón oro.

Tras la I Guerra Mundial, a los desajustes económicos y comerciales se sumaron los desajustes financieros protagonizados por unas desequilibradas balanzas corrientes, problemas -como ya hemos señalado- agravados por la exigencia norteamericana de la devolución íntegra de

los préstamos de guerra a los aliados, que a su vez exigieron reparaciones de guerra a los vencidos. En este castillo de naipes, que dependía en última instancia de la estabilidad de la economía norteamericana y de su constante flujo de inversiones exteriores para sostener el sistema, se produjo a finales de octubre de 1929 una fuerte crisis bursátil en el corazón del sistema financiero mundial que desencadenó la posterior década depresiva en la economía internacional.

EL CRASH FINANCIERO DE 1929 Y EL POSTERIOR INICIO DE LA GRAN DE- PRESIÓN DE LOS AÑOS TREINTA

La fuerte caída de los valores de la Bolsa de Nueva York a finales de octubre de 1929 estuvo vinculada a una burbuja inmobiliaria y bursátil basada en una previa coyuntura de expansión económica de la economía norteamericana, los dorados años 20, donde parecía que el crecimiento no tenía límites y donde crecieron las ganancias por encima de los salarios, con lo que la capacidad de continuar la reproducción ampliada del capital se vio cortada al reducirse las oportunidades de inversión porque el consumo de los ciudadanos no seguía el ritmo de dichas ganancias; en este desajuste entre ganancias y beneficios y el estallido de una burbuja inmobiliaria, se produjo la fuerte caída de valores de la Bolsa de Nueva York propiciada por la política monetaria restrictiva de la Reserva Federal, que elevó los tipos de interés. En principio, una crisis económica nacional, pero Estados Unidos era el país que constituía la piedra clave de la que dependía la economía mundial. La brutal caída de la Bolsa de Nueva York



Los billetes de banco alemanes sin valor por la hiperinflación se utilizaban para jugar (1923)



Wall Street el día en que la Bolsa hizo crack (24 octubre 1929)

supuso un escalofrío para la economía norteamericana, que a partir de esos momentos llevó a cabo dos actuaciones para minorar sus problemas: en primer lugar, repatrió las inversiones de capital que tenía en el extranjero para paliar sus problemas domésticos, difundiendo la crisis al conjunto de la economía europea y de América Latina, principales zonas deudoras de Estados Unidos. Y la segunda medida, en 1930 promovió el establecimiento de aranceles protectores mediante la Ley Smoot-Hawley, que supuso reducir la entrada de los productos de dichas áreas. Sin inversiones extranjeras para compensar el déficit comercial y, además, con dificultades para exportar al principal mercado mundial, la crisis se difundió rápidamente a nivel internacional. Ante

esta difícil situación, los países endeudados, para estabilizar su desequilibrada economía, solo podían devaluar su moneda para poder ser más competitivos y poder entrar en el mercado americano, cada vez más protegido. Paulatinamente, muchos países fueron abandonando el patrón oro. Asimismo, los países deudores, exportadores en su mayor parte, se dieron cuenta de que tenían que protegerse, iniciando el camino también hacia políticas proteccionistas.

Incluso la Gran Bretaña, país abanderado del librecambismo en el s. XIX, incorporó las mismas políticas: aunque tenía su propia zona comercial -su imperio colonial (la Commonwealth)- y no era tan dependiente de Estados Unidos, también se vio obligada a abandonar el patrón oro y de-

valuar su moneda (1931) y suscribió la bandera del proteccionismo (1932), instalado ya en el conjunto del mundo.

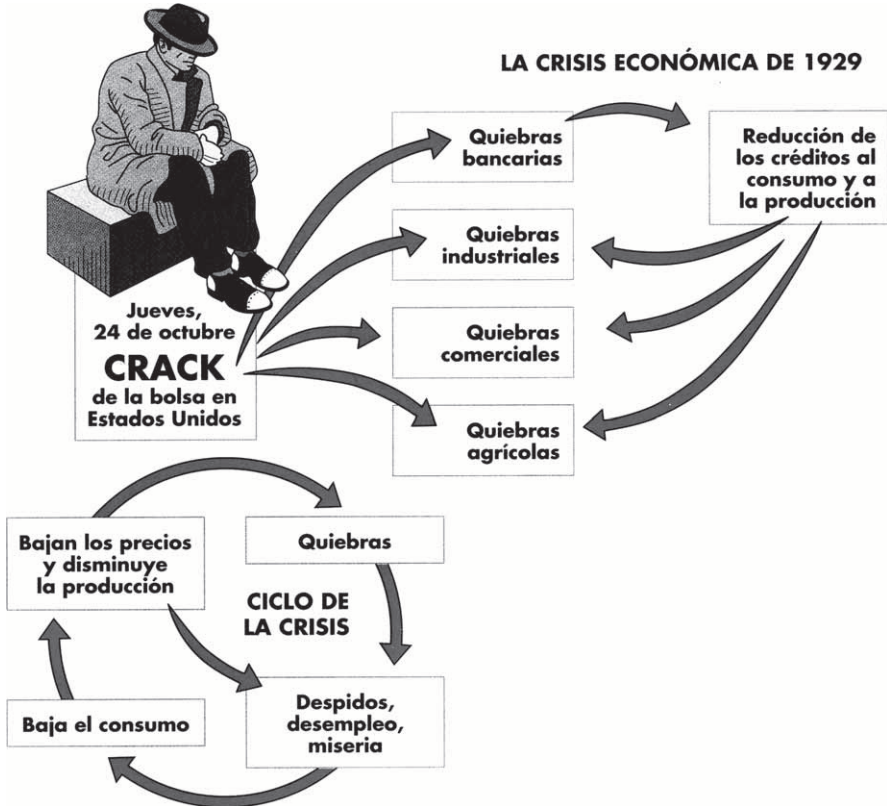
Por ello, el comercio internacional entre 1929 y 1933 se redujo a la mitad. Los Estados aplicaron crecientes controles comerciales, protagonizados por crecientes subidas arancelarias y generalización del uso de contingentes...

Estados Unidos todavía aguantó esta presión manteniéndose en el nuevo patrón oro introducido en 1925, pero ante el fuerte drenaje de sus reservas, también tuvo que abandonarlo en 1933. Fue el final

del sistema monetario internacional y el surgimiento de un cierto número de áreas regionales monetarias (dólar, libra, yen, etc.).

LA LENTA RECUPERACIÓN DE LA CRISIS (1933-1939) Y LAS RESPUESTAS

La crisis estuvo a punto de dismantlar el sistema económico capitalista mundial. De haber dejado a las economías seguir funcionando sin apenas ningún tipo de regulación la economía capitalista se hubiese venido abajo. Esta realidad chocaba



con la mayor parte de la doctrina económica establecida por la escuela clásica, que pensaba que los mercados serían capaces de autorregularse para buscar nuevos equilibrios, pero los hechos fueron más tozudos... En este contexto, cobró relevancia la figura de Keynes -que ya había previsto en 1919 la posibilidad de una nueva guerra- y su *Teoría general* (1936). En ella venía a decir que la economía capitalista se veía vinculada a cíclicos procesos de inestabilidad: una crisis económica suponía una caída de la demanda agregada, fundamentalmente de la demanda privada, y cuando se producía de manera radical podía llegar a colapsar la economía. Proponía que el Estado intentase paliar esa caída de la demanda privada impulsando la demanda pública mediante un incremento del gasto público (financiado con el aumento de ingresos a través del aumento de la presión fiscal y de una política fiscal progresiva).

Fundamentalmente, el diagnóstico keynesiano se hizo en 1936, avanzada ya la depresión, casi a finales del periodo, y los planteamientos de su escuela iban a triunfar en la economía occidental esencialmente después de la II Guerra Mundial, hasta los años de la crisis del petróleo (1973).

La depresión económica, desde el punto de vista político y social, propició procesos de crisis política y de polarización. Procesos saldados, en todo caso, en Europa con el retroceso de la izquierda y el ascenso generalizado de regímenes dictatoriales: consolidación de una amplia crisis de muchas democracias parlamentarias liberales que provocó la suspensión de las garantías parlamentarias y el ma-

yoritario establecimiento de dictaduras, especialmente en la Europa centrooriental y meridional, encabezadas por el militarista régimen nazi alemán y el fascista italiano. Al margen del mundo capitalista en depresión económica, el crecimiento industrial de la Unión Soviética.

Las respuestas a la crisis económica fueron distintas según países, tanto en las democracias liberales como en los mayoritarios regímenes dictatoriales.

En Estados Unidos, desde el momento más profundo de la crisis, el nuevo presidente Roosevelt impulsó a partir de 1933 el *New Deal*, un nuevo acuerdo económico y social en una sociedad con tasas de paro crecientes. Era una intervención estatal -de aire prekeynesiano- para propiciar la reactivación de la demanda, vinculada a proyectos públicos y subsidios al empleo, mecanismos autorreguladores de la economía que posibilitaban paliar los efectos de la crisis. Esta intervención solo se consolidó realmente en 1938, en vísperas ya de la II Guerra Mundial. Es importante señalar, además, la aprobación por el gabinete Roosevelt de la llamada Ley Wagner, que reconocía tanto a las grandes corporaciones de empresarios como a las grandes organizaciones sindicales de trabajadores como los actores fundamentales de los acuerdos económicos de Estado y por el empleo.

En Suecia la política de intervención pública fue paralela a estos planteamientos de Estados Unidos; la Escuela Económica de Estocolmo, protagonizada por el economista Wicksell, menos conocido que Keynes, iba en la misma línea. De 1930 a 1972, la socialdemocracia sueca, desde el Gobierno del país, propició similares po-



Roosevelt, gran comunicador, utilizó la radio para explicar su política a los norteamericanos, estableciendo con ellos una relación personal a través de treinta "charlas junto al fuego"

líticas de intervención económica contra la depresión, vinculadas tanto a inversiones públicas para paliar los graves problemas de la demanda, como al reconocimiento de las grandes corporaciones sindicales y empresariales para el establecimiento de los acuerdos marco generales.

En la Gran Bretaña o en Francia se produjeron situaciones distintas para impulsar la salida de la crisis. Gran Bretaña pudo salir de ella al contar con el apoyo de su imperio colonial y haber llevado a cabo medidas de estabilización clásicas, como la devaluación de la libra. Aunque tecnológicamente no era una economía moderna, gracias a la fortaleza de su mercado interior se recuperó levemente, pero en

vísperas de la II Guerra Mundial todavía se estaba recuperando.

Francia, en cambio, aplicó una política económica poco razonable, no estabilizó su economía y no llevó a cabo ninguna política de devaluación monetaria. La breve llegada del Frente Popular en 1936 (hasta 1938) propició una importante fuga de capitales. En vísperas de la II Guerra Mundial Francia todavía estaba en una difícil situación económica.

El otro gran protagonista de la Europa continental, Alemania, machacada tras la I Guerra mundial, contaba con una tasa de paro durante los primeros años 30 superior al 30 % (reducido ya en 1938 al 3 %), había vivido brutales procesos de inflación

monetaria en los años 20, hasta la estabilización de 1924-25. En este contexto de inestabilidad económica y política de la República de Weimar se produjo el ascenso al poder del Partido Nacional Socialista, la disolución del Parlamento y la llegada del Tercer Reich. Una dictadura a partir de 1933 que llevó a cabo programas económicos de reactivación estatal de la economía alemana, con la promoción de políticas -inspiradas en parte en el modelo soviético- de desarrollo de la industria pesada y armamentística y de infraestructuras, que disparó el gasto público. El Estado se financió mediante empréstitos de los grandes grupos económicos alemanes, con interés cero y siempre con la idea de que la devolución de esos préstamos se iba a hacer dentro de un próximo

escenario bélico donde era factible para estos grandes grupos la obtención de beneficios. Por tanto, las grandes empresas alemanas formaron parte del conjunto del poder nazi en esa política expansiva prebélica de futura ocupación y construcción de la Nueva Europa.

En Europa del Este los países surgidos de la I Guerra Mundial eran economías agrarias y estancadas (salvo Checoslovaquia) y dependientes de la economía alemana que pasaron a ser dictaduras en los años 30. En la Europa del Sur, en Italia, la ocupación del Estado por el partido fascista en los años 20 impulsó la creación de un importante *holding* industrial público, el IRI, y una expansiva política bélica exterior; en España, en 1936, una cruenta guerra civil promovida por un



Cartel propagandístico del II Plan Quinquenal en la URSS (1933-1937)

sector del Ejército condujo también al establecimiento de una prolongada dictadura desde 1939 y al estancamiento económico tras la posguerra.

Un último comentario sobre la Unión Soviética, que no formaba parte del mundo capitalista. Hasta 1928 vivió una etapa de estancamiento brutal dado que tuvo que enfrentarse a una guerra civil muy cruenta (1917-22) y durante los años veinte en el seno de la sociedad soviética hubo un gran debate nacional sobre cuál iba a ser el camino que condujese al crecimiento de la economía soviética, con dos posiciones: frente a la propuesta de que el crecimiento económico debía ser un proceso que imitase el modelo de crecimiento económico gradual de los países industrializados europeos, con cierto protagonismo de la propiedad privada, la alternativa estaba vinculada a un nuevo modelo de planificación centralizada, protagonizada por el Estado y vinculada al desarrollo de la industria de bienes de equipo. Un sector agrario colectivizado en grandes granjas, la acumulación del capital que se producía en ese sector debía invertirse en los grandes complejos de la industria pesada. Fue una opción radical, que consolidó a la Unión Soviética, en diez años (1928-37) con dos planes quinquenales, como segunda potencia industrial del mundo en vísperas de la II Guerra Mundial, en la etapa en que las economías occidentales estaban estancadas. Cuando desde 1941 se enfrentó al poderío nazi ya había desplazado sus instalaciones fabriles al este de los Urales y eso la salvó de la derrota.

La Gran Guerra cambió aquel "mundo de ayer" protagonizado por Europa -que rememoraba con nostalgia en 1941 desde

su exilio ultramarino el escritor austriaco Stefan Zweig-, generando graves desequilibrios económicos e inestabilidad política, agravados con el estallido y difusión de la crisis de 1929 y la posterior década depresiva de los años 30. En este complejo escenario, al final de la década, la expansiva política belicista nacional socialista de Alemania condujo de nuevo a Europa y al mundo a una segunda Gran Guerra...

Bibliografía

ALCROFT, Derek H., *Historia de la economía europea, 1914-1980*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 15-146.

CABRERA, M., JULIÁ, S. y MARTÍN ACEÑA, P. (comps.), *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991.

COMÍN, Francisco, "La desintegración de la economía mundial y la gran depresión", en *Historia Económica mundial*, Madrid, Alianza editorial 2012, pp. 483-560.

KINDLEBERGER, Charles P., "La crisis económica, 1929-1939", en FISCHER, W., *Historia mundial del siglo XX*, vol. 4, Barcelona, Crítica, 1986.

CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011.

GALBRAITH, John Kenneth, *El crac del 29*, Barcelona, Seix Barral, 1965.